

**EL PARAÍSO DE LAS ISLAS
(II PARTE) 09-07
EL PADRE DEL CUCHILLO
(II, cc. 4-5)**

Emilio Sola
emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-Libros – El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 28/05/2012 y 18/07/2023
Número de páginas: 19
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



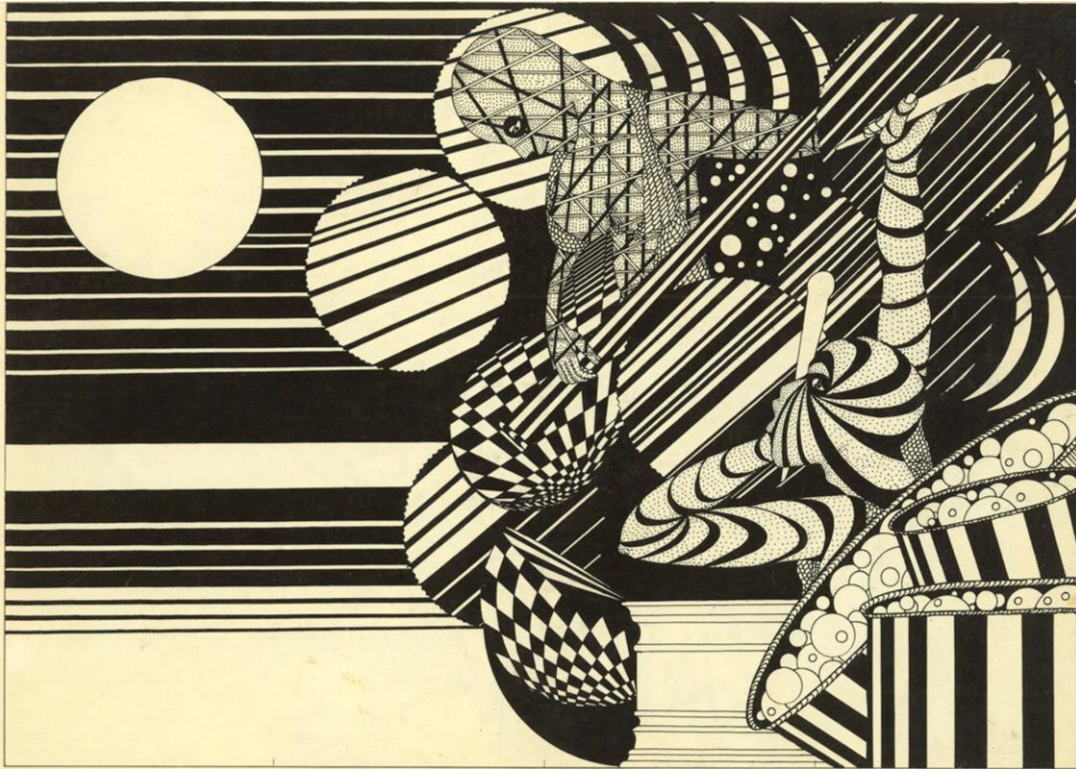
Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com



4

La banda jivi, de nuevo reagrupada, y las cosas de los "pequeños diablos" Lala Paqui y Sidi Kid

En dos semanas escasas, desde la ciudad de los vientos -Mamá y Sherico en la Cueva del Agua, Fatema Bujudmi en casa de su tío el carnicero Busacram, Lauari Bujudmi y Antón dolores en la casa del reloj de sol-, se hizo posible la reconstrucción del grupo de la banda jivi y, tras ella, la preparación de la expedición de Antón Dolores al sur, primera de una larga serie que tal vez un día otro narre pormenorizadamente.

Sherico había conseguido para Prófugo Tito no sólo un buen barco que le llevara a Italia de inmediato -el viaje del pirata Escandalera estaba registrado en el puerto de la ciudad de los vientos con destino muy preciso, Siracusa, en Sicilia-, sino también compañía adecuada, lo que era bien valioso para su misión de rescate: un compañero pescador que ocasionalmente hacía viajes mediterráneos cortos en algún barco local como cocinero, al que llamaban Titi Bentata. Extrovertido y alegre, dicharachero y reidor, aunque a Prófugo Tito le desconcertara al principio, pronto congenió con aquel animoso compañero. Fatema Bujudmi no había logrado contactar con el capitán Mengano en persona,

pero le había dejado información muy precisa en su casa familiar veneciana y en la consignataria de Nápoles. El regreso a la ciudad de los vientos lo habría de hacer Prófugo Tito, con sus dos amigos rescatados Martín y Martina, precisamente en la nave *Un león y una fénix*, desde Nápoles una vez más. Este amanuense pondrá en sus labios la narración de aquella aventura en su momento

Más sencilla había sido la conexión con los tres componentes de la banda jivi que se habían quedado en Ceuta. Anunciada su búsqueda por la radio local y otras de radio-aficionados -la red de radio-aficionados comenzaba a ser un entramado de ágil funcionamiento y muy eficaz-, no fue necesario que Antonio SNP viajara a aquella ciudad. La electricista Aurora, o Chispas, Lala Paki y Sidi Kid habían pasado por tierra hasta la ciudad de los vientos con su cargamento de material electrónico recibido, a través del país que desde hacía poco tiempo controlaba el equipo de los treinta y cinco capitanes de la dentadura áurea, a su cabeza aún Yamel el Inflexible, en un furgón alquilado para la ocasión. Su llegada a la casa del reloj de sol, punto de cita acordado, se convirtió, sin ser planeado por nadie, en una gran fiesta.

Lala Paki y Sidi Kid, al contrario que la electricista Aurora -algo mayor que ellos, aún sin tener los veinticinco años, lúcida y buena organizadora-, eran una pareja de subyugante simplicidad. Perteneían a una "especie" bien definida, a la que se conocía por entonces como los "pequeños diablos" o "diablillos" -simplemente "diablos" en el argot policial-, incontrolables y destructivos, desordenadores natos, risueños casi siempre y despreocupados por el después que fuera superior a unas horas o unos pocos días como mucho. Crecían en los suburbios de las grandes ciudades como hongos. Solían vestirse de la manera más extravagante y cómoda a la vez, procurando imitar con pobres telas y complementos los más refinados trajes de gran gala a la moda, y en combinación con las más llamativas y prácticas prendas deportivas novedosas; el resultado era espectacular de variado y fantasioso, carnavalesco y -si se analizaba- emocionante como caricatura sentida del gran mundo que desfilaba ante ellos sin la menor esperanza de que un día les pudiera ser accesible. Esto, sin embargo, hacía tiempo que nos les importaba a los "pequeños diablos": de ahí sus galas como banderas de conformidad, su actitud como bandera tal vez de lo contrario.

Pequeños diablos Lala Paki y Sidi Kid procedían, la primera, de la gran ciudad del interior, Madrid, el segundo de la gran ciudad de las Ramblas, Barcelona, pero en su manera de vestir y de expresarse no era fácil apreciar diferencias; zapatillas de corredores de fondo o de bailarines de las aceras y plazas, de colores brutales y llamativos cordones diríanse fosforescentes, pantalones ajustados como mallas de color, jaspeados o negros, en ocasiones holgados chándales, y minicamisas domo destrozadas adrede, o chupas de cuero claveteadas o chubasqueros, podían ser combinados, sobre todo por Lala Paki, con manteletas de tules y lentejuelas, faldas de terciopelo y hasta lamés o túnicas de damasquinados o de espejitos afganos. Con frecuencia, pues sus tallas eran similares, intercambiaban prendas y adornos

o se pintaban o peinaban en consonancia. Cuando llegaron, con Chispas, a la casa del reloj de sol, hacía una semana que habían decidido cortarse el pelo al cero y extender las superficies maquilladas de su rostro a la parte superior y posterior de la cabeza, casi hasta el cogote.

Al "peinado" resultante le habían puesto el nombre de "coco-bola".

Un ojo de pupila dilatada en lo alto del cogote de Lala Paki y una boca abierta con la lengua fuera en el de Sidi Kid eran el último maquillaje que se habían inventado -mutuamente pintado, con ayuda de Chispas Aurora- y lo mostraban a todos con orgullo.

--Chupi, ¿no? -mostraba ufano Sidi Kid.

--Este también guay -se le adelantaba Lala Paki a la vez que exhibía su cogote-. Coco-bola.

Y todos se reían. Posiblemente su lenguaje hablado no excediera en mucho las cien palabras correctas, y éstas con múltiples y variados significados que dependían del gesto o de la risa y que podían ir deformándose o transformándose según los modos de hablar de los lugares por los que pasaban. Pero cuando Lala Paki empuñaba la guitarra de punteo como una metralleta o Sidi Kid se sentaba a la batería como ante un cuadro de mandos de una gigantesca computadora o de un avión, se transformaban en verdaderos monstruos y hacían hablar a sus instrumentos, según decía la Chispas Aurora. Era el momento de la música, de la comunicación sin más. Y el mundo podía tambalearse.

*

Este amanuense acaba de sentirse, tras una entrevista con otros amanuenses con más experiencia que él, un poco Lala Paki o Sidi Kid en cuanto a su tosco manejo de la lengua y de las construcciones gramaticales, de la redacción. Sabe que nunca podrá ser un estilista. Que la mente, con sus distorsiones, a veces tan insufribles, siempre terminará liándole de mala manera, haciéndole enroscar la frase por asociaciones de ideas que le asaltan a cada palabra o situación, a pesar de que intente controlar el desborde por medio de la escritura a mano a ritmo taimado, que sus frases y los textos todos en los que intenta narrar eso inenarrable tal vez que es la vida en el paraíso de las islas, cómo surgió y cómo se impuso así, tal era, esos textos -estos textos-, a lo mejor o a lo peor, mal que bien, no son o sean más que un posible plano de ese laberinto del que hablara Antón Dolores, una foto fija desde lo alto de esa como ciudad de muralla almenada que debe de ser su dentro. Y sabe que, a pesar del retorcimiento o enrevesamiento, que ojalá fuera lo que podría denominarse "estilo duna" -"ese plano inclinado que gira, así, sobre sí mismo y vuelve hasta mostrar su envés en sombra"-, pero que no sabe si será así o pura tosquedad o torpeza, aunque intuye que no,

que un tanto premeditadamente es así como para mostrar algo que no sabe bien qué es pero que otros sabrán -a él lo único que le interesa es contar lo más rápidamente posible, porque no tiene tiempo y desea además terminar pronto para poder descansar en otros menesteres menos trabajosos, contar o narrar con el mayor rigor ese algo tan difícil que le encargara el colectivo de amanuenses, ese capítulo de la formación del paraíso de las islas-, que no le interesa ni enderezar su frase enrevesada, ni poner al sujeto en su lugar -además, ¿cuál sería ese lugar?-, ni diversificar las pausas por medio de puntos, comas, puntos y comas, guiones y paréntesis adecuados -aunque sabe que otro amanuense amigo suyo tiene ganas de escribir un texto musical jugando con estos elementos sobre todo-, que no quiere de momento nada ajeno a la plasmación rápida por escrito de esa realidad naciendo del paraíso de las islas, que tal vez un día se anime y entre o intente entrar al menos en el intra-texto, pues consideraría que eso supondría rizar aún más el rizo, o que si no lo hace él porque le resulte aburrido, otro amanuense más paciente lo ensaye... Y que..., en fin. Coletilla de amanuense.

Sigo.

*

La electricista Aurora Chispas podía ser esa cara iluminada de la duna al amanecer, que al atardecer es envés en sombra de ese plano inclinado que es la duna, o cara en sombra sin más mientras que en sombra queda la que al amanecer fuera haz iluminado, si la quisiéramos comparar con sus colegas de banda jivi Lala Paki y Sidi Kid. Quiere decir este amanuense, con el estilo intrincado que acaba si no de glosar al menos de señalar, que Chispas, Paki y Kid -con sus otros compañeros de banda-, eran una hermosa duna de diversos y armoniosos planos. Y que Chispas Aurora era muy diferente, hasta la otra cara de la moneda, de sus compañeros recién llegados con ella. Y fue una broma de este amanuense comenzar a describir a la muchacha, mejor mujer, así.

Aurora, la electricista de la banda jivi, era una hermosa mujer de unos veinticinco años. Pariete lejana de Sidi Kid, como él era originaria de la misma ciudad costera de las ramblas; sus familias respectivas procedían de otra región interior muy pobre; habían emigrado en tiempos para ellos inmemoriales a aquella ciudad, gran capital catalana, en donde los miembros varones de dichas familias habían llegado a ser obreros más o menos especializados de los sectores textil y metal. Aurora, desde muy joven, había tenido una certeza clara: detestaba el tipo de trabajo, la forma de vida y los ideales de la sociedad de la que formaba parte su familia. No le gustaba ni la manera de hablar, ni sus gustos culinarios, ni la planificación de su vida cotidiana, ni los mismos muebles ni la decoración de la vivienda familiar. Más aún, detestaba, y lo decía abiertamente, el hecho mismo

de formar familia -si familia era aquello-, consideraba un error de mal gusto "emparejar" y abrir pisito chico de puertas cerradas y cama única y grande que inutilizaba una habitación completa de las pocas con las que contaba una casa al uso. Consecuente de alguna manera con ello, muy joven había dejado el domicilio de su familia y se había enrolado en trabajos de electricista que le habían prestado cierta cualificación profesional; con un grupo de gente de circo había comenzado a aplicar esos conocimientos al sonido musical en espectáculos y, en un viaje a la isla menor balear, Formentera, ya abiertamente al sonido de las bandas musicales.

La isla de Formentera, por entonces, se estaba convirtiendo en uno de los lugares de encuentro obligado para amplios sectores de chavalería, tal vez por su aspecto asilvestrado y debido a que habían logrado mantenerla al margen -sin duda también con la ayuda de su propia pequeñez- de la ola estandarizadora que había engullido a sus compañeras mayores del archipiélago balear. De la misma chavalería asidua de la pequeña isla había surgido un movimiento de conservación de los pinares de la playa Mijorn, a lo largo de la estrecha franja central de la isla; aquellos pinos atormentados por el viento, que en vez de elevar sus ramas hacia el cielo las hacían casi reptar hasta formar un sinnúmero de albergues vegetales peculiares, se habían convertido en uno de los más divertidos hoteles del mundo, respetado y mimado por sus moradores. En torno a la vida en el pinar, al que comenzaban a llamar el Hotel de las Lagartijas por la gran cantidad de estos animalitos que a todos divertían, comenzó a girar la vida de las masías vecinas y de la docena de casetas-chiringuito que se instalaron en el límite entre el pinar y la playa misma. Comidas y servicios comenzaron a depender de aquellas casas y casetas, mientras que la zona de pinar quedó reservada para el retozo y para el sueño. En el último chiringuito de la playa, desde el embarcadero, en honor de una antigua casa que allí había existido mucho tiempo atrás, se había construido un auditorio: la Casa Azul. Y la casa azul fue el centro de reunión de todos los isleños en la fiesta de la luna llena de cada mes, con la música como especial protagonista.

La electricista Aurora había conectado con la música precisamente en la casa azul -la casa de las ventanas azules le decían otros, pues en realidad tenía pintadas de azul sólo las puertas y ventanas-, y en la misma casa azul se había encontrado con su primo lejano Sidi Kid, tres años más joven que ella y como ella fugado del domicilio familiar, así como con Prófugo Tito, cuando aún era Tito a secas. Ellos tres fueron núcleo inicial de la banda jivi, a la que nunca quisieron poner un nombre, pero a la que pronto encontraron una mascota en el monstruo Tina.

Durante el tiempo aquel de Formentera ya era popular entre los grupos Juan Bravo a causa de las primeras campañas masivas que estaba lanzando. Aquel verano mismo, en concreto, había sido la de los espías, con gran cantidad de gente de los más diversos grupos movilizada. Supongo que otro amanuense narrará pormenorizadamente aquellas campañas liminares que colmaban de sentido -contenido físico casi- las ideas de Juan Bravo,

hasta su campaña máxima y última, la Operación Ulises y la Gran Confederación Centro-Sur. Pero ya que aquí viene a cuento, este amanuense hará una referencia a la "operación espías".

La campaña de espionaje masivo, iniciada aquel verano en que Chispas Aurora conectara con la música en Formentera, fue de larga duración -más de veinte años siguió la gente espionando todo lo espionable a su alcance- y muy sencilla de planteamiento. Estos eran algunos de los eslóganes: "¡Muerte a los secretos!", "Abre puertas y ventanas: ¡espía!", "Espía lo más secreto y cuéntalo a voces", "En el cuartel, en el despacho del alto ejecutivo, en la calle, en todas partes donde alguien tenga algo que ocultar: espía y cuenta lo averiguado a todos!", "Información total: todos a espionar y todos a hablar", "Desvela misterios: espía y cuenta", "Guerra al susurro y al cuchicheo: ¡viva la alta voz!", "Espía y habla: que todos medren porque todos sepan".

Eran una infinidad de lemas, similares a los de esta muestra breve, y fueron repartidos por todas las islas y la costa en millares de carteles divertidos y audaces. La chavalería se entusiasmó. Prófugo Tito recordaba que él estuvo a punto de no desertar y cumplir su servicio de armas sólo con la intención de convertirse en espía de secretos militares; si al final no lo hizo fue porque un alto porcentaje de los soldados habían pensado como él -a lo que se unía la responsabilidad sobre Antonio SNP y la nueva banda naciente- y la prensa y la radio, todos los medios de comunicación, no daban abasto a publicar tantos informes como les llegaban cada día. Cuando la amplia red de radio-aficionados se sumó con entusiasmo a la campaña, infinidad de secretos muy guardados se hicieron públicos; planes estratégicos militares enfermizos y fabuladores, previsiones rocambolescas de altos ejecutivos de pujantes compañías internacionales, beneficios paralelos de banqueros respetados y hasta secretos de alcoba de tiranuelos moralizadores y de políticos demagogos. Fueron meses, los iniciales de la campaña, de orgía informativa. Luego se serenaron las cosas, si cabe. Al año siguiente, comenzó a denominarse la operación "Agentes dobles/Agentes múltiples", y todo el esfuerzo se destinaba a coordinar las campañas de publicidad de datos secretos y al salvamento o "liberación" de los informantes, en el caso, muy frecuente, de que corrieran peligro de represalia.

Precisamente en aquella fase, Lauari Bujudmi y su gente de la ciudad de los vientos se pusieron en contacto por primera vez con grupos que giraban en la órbita de Juan Bravo. El viaje mismo de Antón Dolores se vería enredado por esas mismas conexiones: no pocos "espías dobles/espías múltiples" pasaron su tiempo de prudencial alejamiento de sus lugares de origen en los oasis del sur, la casa del reloj de sol escala muy frecuentada.

El encuentro de Aurora con su primo lejano Sidi Kid en Formentera se había dado en el contexto de la campaña de espionaje masivo. Sidi Kid, batería de un jovencísimo grupo barcelonés llamado los Chuti-chupi,

estaba una noche del inicio del verano en un concierto en una hermosa plaza del barrio gótico de su ciudad, plaza rodeada de bellos palacios de traza sobria y esbeltas balconadas; en la última media hora del concierto se había cansado de pitar y vocear con su panda del grupo, los tres chutis y las dos chupis, en escena otro grupo que conocían y que no soportaban demasiado, sonido y pinta muy diferentes a los chuti-chupis.

--¡Pijos de mierda! -gritaba Sidi Kid,
y le entraron unas irrefrenables ganas de mear.

Se lo dijo a uno de sus colegas chutis.

--Ascolta, tú. Voy mear y vengo.

--Guay.

Se adentró en una callejuela cerca de la plaza. El griterío no hacía más que subir de tono y generalizarse. Cálida, copiosa y relajante discurría la meada -las malditas cervezas, las malditas anfetanas-, cuando un siseo le vino a incomodar. Lo primero que pensó fue que era un maricón buscando rollo.

--¡Mierda! -masculló, y luego, hacia lo oscuro de donde provenía el siseo- ¿Maricón?

Le respondió de inmediato.

--No, colega.

Una figura que impresionó a Sidi Kid comenzó a hacerse visible a la luz de una farola. Terminó de mear, se subió la bragueta y se acercó a la figura: pálido y de ojos desorbitados, con la camisa llena de sangre, un chaval como él le tendió un paquete diminuto.

--Toma, colega. Para los espías.

Sidi Kid tomó el paquetito e, instintivamente, se lo metió en el bolsillo. El otro miró aterrado hacia el fondo del callejón. Parecía que alguien venía apresuradamente.

--¡Ya vienen! ¡Vete! ¡Ábrete ya!

A Sidi Kid le impresionó de nuevo la mirada de terror en aquel rostro palidísimo y echó a correr hacia la plaza cercana. En el extremo del callejón se volvió un instante y vio a aquel chaval hacer frente, antes de desplomarse, a un par de sombras con sombrero. Corrió hacia su grupo de chuti-chupis y les gritó que le siguieran.

Juntos volvieron al callejón a toda prisa: ni rastro del chaval, ni rastro de las sombras con sombrero. Sidi Kid se palpó el bolsillo del pantalón. Allí estaba el paquetito. No lo había soñado. Casi en la salida del callejón, a la luz débil de la última farola, un pequeño reguero de sangre: por allí se lo habían llevado. ¿A dónde? Las calles siguientes parecían vacías.

Aquella misma noche hubo reunión de chutis, chupis y otros amigos. En el paquetito había una película minúscula.

--Eso es un microfilm -dijo una chupi.

--¡Ondia! -se asombró Sidi Kid.

Todos le miraron. En unos minutos habían decidido que él, Sidi Kid, era el hombre elegido. Reunieron el dinero de todos y se lo dieron.

--A Formentera, tío -dijo una chupi.

Era el lugar más cercano y seguro en donde sabían que se concentraban más espías y grupos de amigos de la música y de Juan Bravo. Por la mañana temprano estaba en el barco para las islas. Otro colega le sustituiría de chuti en la batería durante la ausencia.

--¡Telefona, Kid! -le gritó desde el muelle la chupi que más quería.

Dos días después se encontraba con la prima lejana Aurora en Formentera. Ella le ayudó a dar con los espías. El microfilm resultó ser un informe -edificio, instalaciones, nombres concretos y dirección en el último fotograma- sobre un laboratorio clandestino de drogas adulteradas en el mismísimo barrio chino barcelonés; de allí habían salido, supieron luego Kid y Aurora, no pocas drogas de las que estaban causando estragos entre los grupos de "pequeños diablos" de su ciudad. Recordaron los amigos muertos más recientemente.

--Nos querían matar a todos como a ratas -comentó airada la electricista Aurora.

A los pocos días lo publicó la prensa: la policía, vigilada por grupos de "pequeños diablos", desmanteló un laboratorio clandestino de drogas adulteradas en pleno barrio chino barcelonés.

Sidi Kid telefoneó a sus amigos.

--Formentera, chupi de bien. Guay -les dijo-. Abriros para acá. Menda queda aquí.

Una semana después Aurora y Kid conocían a Tito. A finales de verano, a Lala Paki, guitarra solista "pequeña diablesa" de la gran ciudad del interior,

y a principios del otoño los cuatro viajaron a la costa del sol, a la zona de Mojácar en Almería, en donde se encontraron a Antonio SNP, Martín y Martina. Antonio SNP se había ofrecido como esclavo a Tito, pronto ya Prófugo Tito, y todos juntos habían hecho salir adelante la banda jivi que adoptó a Tina como mascota.

Este amanuense cree haber sintetizado al máximo todo lo que los protagonistas de la banda narraron en la casa del reloj de sol a su nueva gente. Sólo queda el relato de Prófugo Tito de su viaje de rescate en Siracusa y Nápoles. Vamos allá...

5.

El rescate de Martín y Martina en Siracusa y la paliza al pirata Escandalera, contada por todos al alimón

...Vamos allá.

Prófugo Tito se había embarcado en el primer barco que zarpó de la ciudad de los vientos hacia Italia. No le había sido difícil a Sherico, desde niño en el ambiente marineramente de su ciudad, conseguirle aquel viaje, y más fácil le había resultado por la circunstancia de que uno de sus amigos, Titi Bentata, se había enrolado de cocinero en aquella nave. Durante la travesía Tito cubrió el puesto de ayudante de cocina de Titi.

--Fue bien divertido -contaría Prófugo Tito, ya de regreso a la casa del reloj de sol-. Titi Bentata era tan hábil cocinero que era capaz de hacer comer a la carta a toda la marinería, según su tipo de trabajo y hasta según estuviera de guardia la gente, en trabajo duro de máquinas o cubierta, o de descanso. Recuerdo -y se reía al recordar-, recuerdo los experimentos que llevó a cabo con la comida de un chaval grumete que se llamaba Pin. El grumete tenía buen carácter, no sabía mucho de mar porque decía que era de la montaña, de un valle que le llamaban Pas, con lo que Titi Bentata le decía Pin del Pas o Pin ta Pas. Al Bentata el nombre le hacía mucha gracia y se reía al comentar que Ta Pas, así, sonaba vagamente a pelea en el argot de su ciudad, con lo que cuando le decía Pin ta Pas más o menos le llamaba Pin Peleas, y eso era lo que le hacía la gracia, unido al carácter del grumete, siempre en estado de estupor, sorprendido de continuo con sus pequeños descubrimientos de las cosas de la mar. Estaba

en viaje de huida el llamado Pin, al parecer recién liberado de un mal contrato de esclavo, y eso hacía que al Bentata le cayera mejor el chaval. Pues bien: durante casi toda la travesía el Bentata mantuvo al Pin en trance de alucine permanente a base de una salsa de hachís que le suministraba, de preferencia con gambas. "Ya verás", me decía el cocinero, "estate al tanto cuando Pin tenga que ponerse a baldear la cubierta de popa". Y así era. Allí había que ver al Pin del Pas zumbado de un lado para otro, muerto de la risa por cualquier pequeño incidente que pasara a su alrededor, intentando sacarle brillo a una tuerca o a un eslabón de la cadena del ancla, fascinado ante el marco redondo y dorado de una claraboya... Poco antes de desembarcar en Mesina, Titi Bentata tuvo que ir a explicarse con el capitán de la nave; el grumete Pin había organizado tales desaguisados en los camarotes de la marinería que el capitán había ordenado que lo encerraran hasta que se le pasara aquel extraño estado de agitación y risas. Al enterarse Bentata de que el capitán había amenazado al grumete con dejarle en tierra en Mesina y prescindir de sus servicios, le explicó todo al capitán e, incluso, le hizo probar de aquellas gambas con salsa de hachís... En las maniobras de atraque en Mesina, el capitán se pasó cantidad y algunos de sus compañeros le dijeron luego que habían temido zozobrar por las no sabían si clarividentes o disparatadas órdenes recibidas para aquella maniobra.

A su regreso de Italia, Martín y Martina contaron también la odisea en el barco del pirata Escandalera, tras el engaño que les hiciera separarse de SNP y de Tito.

--Era muy cuco el Bartolillo -contaba Martín-. Todo el viaje hasta la ciudad de los vientos se lo pasó llamándonos "hijitos queridos", a mí Martinito y a Martina Martinita, lo que no nos hacía gracia pero, como nos mimaba tanto, y nos daba caramelos de fresa y de anís, pues no le decíamos "oye, tío, que me llamo Martín, no Martinito..."

--Y siempre con sonrisitas y caricias –completaba Martina-, que si "qué linda carita tienes, Martinita", que si "¡huy, qué pelo más rubio y sedoso, talmente hilos de oro!", y memeces por el estilo que una, si no hubiera sido por lo que era, pues que nos estaba haciendo un favor, pues se le hubiera plantado delante y le hubiera dicho, "Bartolillo, no te pases, que una no es lerda". Porque a mí, ya desde el principio, me jodía tanto manoseo y tanto Martinito y Martinita, ¡me lo olía todo, vamos!

--Por eso nos pasó lo que nos pasó -muy serio Martín-. El Bartolillo no había dejado de recordarnos que sus cartas de Formentera para gente de aquí eran una llave maestra que nos abriría todas las puertas. Y Prófugo Tito sabía que era así, que así funciona la gente, con cartas de casa en casa y de lugar en lugar. Por eso cuando llegamos al puerto el hijoputa del Escandalera nos reunió a los cuatro y dijo -y Martín inflexionó la voz cómicamente-: "Hijitos míos: vosotros dos, cuando terminéis de cargar nuestro buque, podéis subir a la ciudad

y buscar las direcciones de estas cartas, mientras que Martinito y Martinita, aquí conmigo, prepararán vuestro material electrónico para descarga y con el fin de no dejarlo expuesto demasiado tiempo a las intemperies marinas". Y nos lo tragamos así, mira tú, enterito. Nos pareció una delicadeza por su parte y ni idea de la putada que tramaba.

--Nada más os fuisteis vosotros dos, Antonio, Tito y tú --de nuevo Martina-, el Bartolillo nos llevó a su camarote de capitán y nos invitó a tomar café con leche y galletitas de coco, de esas que sabía que nos gustaban tanto, siempre con palabras zalameras y que si Martinito para aquí y Martinita para allá. Yo me contenía, por lo de siempre, pero miraba a Martín, nos poníamos a comer como tontos para no tener que darle palique, y el Escandalera venga a sobarnos el cogote y palmearnos los hombros y la espalda, y "¡huy, cómo me gusta veros comer con esas ganas!", y así. Supusimos que aquel café tenía alguna droga porque tanto Martín como yo no nos enteramos de nada.

--Sí: despertamos en la litera del camarote que habíamos ocupado durante la breve travesía, en donde teníamos todo el material del grupo jivi -continuó Martín-. Y aquello se movía como cuando estábamos en alta mar. Le pregunté a Martina que qué pasaría y ella, allí medio adormilada aún, no tenía ni idea. Luego vimos que la puerta estaba cerrada por fuera; aunque el pestillo interior no estaba dado, no se abría. Empezamos a mosquearnos, aporreamos la maldita puerta, dimos voces llamando a Antonio y a Tito, pero como si nada. Cuando estábamos más desprevenidos, así tumbados en la litera y medio zombis aún, como con resaca, se abrió la puerta al fin y apareció el Escandalera con otro fulano torvo y malcarado, el jefe de máquinas creo que era, todo sucio y pringoso.

--Era el jefe de máquinas, Martín -rápida Martina-, yo le conocía bien porque siempre andaba tirándome envites y me manchaba las culeras de los pantalones con sus manazas grasosas. Yo no os lo decía para no incordiar, pero desde el principio aquel tiarrón malencarado estaba obsesionado con tocarme las tetas y las nalgas...

--Bueno, no sé por qué, pero hay mucha gente a la que le gusta eso. A mí me pasaba lo mismo..., pero qué le vas a hacer, ¿no? -y el Martín se mostraba como ensimismado al decir estas palabras, su peculiar gesto más triste a la vista de todos, como puesto de manifiesto su interior perplejo ante la realidad que es el comportamiento ajeno que siempre le afectaba tan directamente y tan sin él quererlo o controlarlo, tal vez sin comprenderlo. Luego reaccionó, casi imperceptible sobresalto-. El caso es que el Escandalera nos dijo, con un tono que en nada recordaba al que había utilizado con nosotros hasta aquel momento, nos dijo que estábamos ya en alta mar, lejos de la ciudad en la que se habían quedado nuestros dos colegas, vosotros dos, a los que nunca volveríamos a ver. A Martina le entró muermo al escuchar aquello y se echó a llorar.

--Muermo no, tú, cabreo -puntualizó Martina.

--Vale, cabreo o como lo quieras llamar. A mí me dio un pronto y eché a un lado al maldito gordo aquel y quise salir, no sabía para qué, pero salir a cubierta, me entraron ganas de correr. Pero en la puerta estaba aquel murallón grasiento que era el maquinista, y de un solo bofetón me dejó sentado frente a él, despatarrado, y se reía el hijo puta.

--Yo, toda llorona y moqueando, le arreé una patada en la espinilla al Bartolillo, que decía "¡huy, huy!", como una rata, y arremetí contra el fulano de la puerta. Le soltaría dos o tres puñadas, pero no debieron hacerle daño porque se reía. Terminó alzándose en vilo y lanzándose sobre la cama alta de la litera entre risotadas. Luego Bartolillo y él se fueron y echaron la llave con mucho ruido de hierros, como en las mazmorras de las historias antiguas de miedo.

--Aquello se estaba pareciendo cada vez más a una historia de miedo -Martín, otra vez--. Antes de cerrar, el Bartolillo nos había dicho que ya se habían terminado las pamplinas y los caramelos de fresa y las galletitas de coco; y que nos preparáramos para empezar a currar, que a nadie se le daba gratis la comida. Una hora después llegó un fulano, el que decían abogado, con dos papeles para que los firmáramos, que eran dos contratos para pasar a esclavos. Al principio no queríamos, pero el tipo abogado nos dijo que nada de comida ni de agua hasta que no firmáramos y, después de algunas horas, decidimos firmar.

--Pero lo hicimos con otra letra, con una firma que no era la nuestra. Yo, que sé escribir, y no como este, que no sabe, firmé con una cruz, como si no supiera, y a Martín, que no sabe, le enseñé las iniciales de su nombre, M y M, que no fue difícil.

--Martín Marsellés, que a mi padre le decían así, el Marsellés.

--Y con MM y un garabato coló la cosa, que luego fue bueno, porque se lo explicamos al juez. Él se dio cuenta de que éramos nosotros los que decíamos la verdad y no el pirata.

--Luego nos dieron de comer y nos pusieron a trabajar, a barrer y a fregotear por el barco entre la gente que nos trataba, la mayoría, a baquetazos. Y ya no volvimos a ver al Escandalera, si no era de lejos, hasta Siracusa.

--A mi me pusieron a las órdenes directas del tío maquinista -contaba Martina muy excitada-, que no hacía más que lanzarme manotazos en cuanto podía, y yo me ponía fiera, me manchaba toda de grasa y de tizne adrede, y él se reía y hasta parecía que le gustaba más así. Creo que terminé haciéndole gracia y me molestaba menos y se reía con mis pasadas. Me mandaba que me lavara, pero yo no le hacía caso y, si me lavaba las manos y los brazos, me engrasaba la cabeza toda, el pelo y la cara, y así. Creo que toda la tripulación terminó mirándonos con buenos ojos

y ayudándonos a salir airosos de las putadas del Escandalera.

--Ya en Siracusa, tuvimos que descargar todo el material que traíamos de España. Lo de la ciudad de los vientos había sido una descarga simbólica de unas horas de escala sólo, y lo que descargamos en Siracusa era para que lo llevara a oriente otro barco. Luego, la cosa se puso más fea aún. En el puerto esperaban al Escandalera otros dos barcos de dos socios suyos, uno muy viejo y nervioso que siempre parecía que estaba enfadado y que le decían Pato, o Cisne, o algo así, y otro alto y muy elegante que caminaba muy estirado, como sin conocer a nadie, y que le decían don Archibaldo cuando estaba presente, pero el don Cabrón cuando era la marinería a solas quien hablaba de él.

--Y a mi me quisieron llevar al barco de ese don Cabrón para separarme de Martín, pero me escapé.

--Déjame contar a mí, Martina. Luego cuentas tú... Por eso decía que las cosas se habían puesto más feas aún. Nada más llegar a Siracusa, el maquinista que hacía de medio gorila del Escandalera vino a por Martina para llevársela consigo. Le hicimos frente, pero terminó por cargársela a hombros y llevársela. Nos dijo, de todas formas, que no nos preocupáramos, que se la llevaba a otro barco, que su contrato estaba a nombre de don Archibaldo y el mío al de don Bartolillo. Luego ya no supe más hasta media tarde; volvió el maquinista muy enfadado y, sin darme ninguna explicación, me cogió en vilo y me llevó a cubierta y me ató en el mascarón de proa. El barco del Escandalera, al que vi por cubierta paseando de un lado para otro muy enfadado, dando órdenes a los que venían a verle y lanzándome de vez en cuando miradas torvas que me hacían temer lo peor..., el barco del pirata aquel tenía un mascarón que a mí siempre me había producido desasosiego; era un jesucristo de media cintura para arriba, desnudo y todo ensangrentado, con un cabezón todo lleno de pelos y de espinas y heridas con sangre, y gesto de dolor. Pues allí me tuvieron atado, junto al careto aquel, que cada vez que me volvía y lo veía se me ponían los ánimos aquí, mira tú, en el gorguero... Y ahora cuenta tú, Martina.

--Gracias, colega chuti -socarrona, Martina estaba muy animada al tomar su turno de la narración-. Pues cuando el maquinista me estaba llevando al barco del don Cabrón aquel, nada más bajar la pasarela del del cristo del Escandalera, le dije que iba muy incómoda allí arriba, que me dejara bajar de lo alto de su espalda y que le prometía que iría de su manita por el muelle sin montar ningún escándalo. Se reía el paisano aquel, pero al fin me dejó en tierra y un rato fuimos de la mano, así, tranquilos. Cuando estuvimos a la altura del barco en el que tenía que trabajar yo, di un tirón y me escapé. Eché a correr muelle adelante mientras el maquinista avisaba a algunos marineros para que le ayudaran a pescarme y, creo que tuve suerte, a un chaval que pasaba en una motocicleta le dije que me salvase, que me perseguían unos piratas para hacerme esclava contra mi voluntad. El chaval aquel fue bien bueno y bien legal.

Me dijo que saltara a la moto y, a toda máquina, se metió por entre los barracones y callejas y, cuando me quise dar cuenta, estábamos en el corazón de la ciudad antigua en donde él tenía colegas y lugar para esconderme. Se llamaba Tonino.

Martina hizo una pausa, como para ordenar ideas, que aprovechó Martín para intervenir.

--Yo estuve atado a aquel cristo toda la noche y todo el día siguiente...

--¡Ahora me toca a mí, listo! Luego hablas tú. Tonino fue un colega bien legal. Me escondió en la tahona de un amigo suyo, cerca de una iglesia muy grande que conservaba columnas viejísimas de un templo a la diosa del amor, que me enseñó Tonino y me contó la historia, y me presentó a gente que trabajaba con papeles muy antiguos que se llaman papiros y hacían cosas muy bonitas para turistas, como egipcios y egipcias que caminaban y se sentaban de perfil... Muy bien; aunque estaba escondida no me aburría nada porque me sacaba Tonino o alguno de sus amigos a pasear cuando veían que no había peligro de marineros desconocidos a la vista. Hasta me llevaron a ver una vez teatro de muñecos, que era una pasada de divertido, con guerreros antiguos y caballos...

--No te enrolles, Martina. Ya sabemos que te lo pasaste muy bien con el Tonino -cortó Martín-. Cuenta lo del juez para abreviar.

--Vale, pero lo de estar un par de días así, como turista y bien tratada, da mucho gusto. Los amigos del Tonino que tenían motocicletas se constituyeron en comando para ayudarnos y, mientras uno se enteraba bien de eso del juez y de lo que había que hacer para romper un contrato de esclavo, otros vigilaban el barco del Escandalera y el del don Cabrón, o buscaban en sus casas y en las de otros colegas cosas para comer y tal. Ellos me dijeron cómo había estado atado mi compañero, tú, Martín, al parecer para atraerme a mí hacia el barco, cómo luego ya no estaba atado allí a la vista, seguramente cuando el juez había comenzado a hacer averiguaciones, y uno de ellos fue, al tercero o cuarto día, el que me avisó de que había llegado un barco correo en el que venían dos chavales haciendo averiguaciones sobre nosotros, que luego supe que eras tú, Prófugo Tito, y tu colega el Titi Bentata. Cuando el agente en Siracusa del capitán Mengano nos localizó, ya estaba todo prácticamente hecho. Y ahora te toca a ti, Martín. Ya puedes contarnos cómo se pasaron contigo.

Martín comenzó sonriente.

--Mientras Martina andaba de turista por Siracusa...

--¡No seas borde! Ya sabes que nunca me olvidé, ni un minuto siquiera, de que tenía que rescatarte...

--Ya lo sé, fiera. ¿No puede uno arrancar en broma? Pues eso. Mientras la Martina se lo montaba en tierra, que se lo montó muy bien, a mi me tenían realmente preso. Después de una noche y un día atado al mascarón, me bajaron al despacho del Escandalera. Allí estaban los tres socios reunidos y, con buenas palabras y con amenazas, al alimón, quisieron hacerme firmar otro papel y ayudarles a buscar a Martina. Yo les dije que no firmaba más nada, además de que no sabía firmar, y que Martina ya se las arreglaría ella, que ya volvería si quería. El viejo Cisne, que era el que menos hablaba, intentó convencerme de que nuestra colaboración en no sé qué sagrada misión en oriente era importante, pero yo le decía que no entendía nada de sagradas misiones y que lo que quería era abrirme de allí con la Martina. El Escandalera quiso hacerse el simpático, comenzó a llamarme hijo y Martinito otra vez, pues hasta entonces me había llamado mequetrefe y tipo y cosas por el estilo, y yo me harté. Le dije que no fuera tan estúpido de creerme a mí zote o estúpido, que eran palabras que él había utilizado antes, que ya sabía bien lo que él buscaba, esclavos y rollo malo, y a mí que me dejara en paz. Así que volvieron a encerrarme otra noche y otro día completos y, a la noche siguiente, me sacaron sigilosamente y me condujeron a tierra, creo que cerca de una estación porque oía trenes. En aquel lugar me pasé encerrado otros dos días, creo, comiendo mal y durmiendo peor, en un camastrón con todos los hierros fuera, como si durmiera sobre una reja. Hasta que oí la movida del asalto y los gritos del Escandalera diciendo que aquello era ilegal, allanamiento de morada, y que pedía la presencia de la policía judicial.

--Ahora me toca a mí -a Martina se la veía muy ufana a estas alturas del relato-. Los amigos de Tonino consiguieron averiguar quién era el juez al que había que acudir para los asuntos de esclavos, pero resultó que era un juez de Palermo el que nos tocaba a nosotros e iba a tardar un tiempo en poder intervenir. El juez de Siracusa, sin embargo, fue muy atento con nosotros. Nos dijo que pusiéramos una denuncia por lo de los contratos que no queríamos y otra por lo del material de la banda jivi, por robo o así, nos explicó cómo se hacía, y fuimos ganando tiempo. Cuando, por fin, uno de los comandos localizó a Prófugo Tito y al Titi Bentata, ya estaba todo bastante avanzado. El juez de Siracusa nos dijo que el de Palermo había respondido muy bien y que la computadora tenía recogidos muchos conflictos de la pandilla del Escandalera con los esclavos, que eran tipos de cuidado aquellos y que creía que había toda una red de tráfico de esclavos hacia oriente, sobre todo de chicas chupi de guapas y de chicos chuti de jóvenes.

Prófugo Tito sintió necesidad de intervenir en el relato y le pidió la palabra a Martina. La chica asintió, encogiéndose de hombros.

--El Titi Bentata y yo, nada más llegar a Mesina, hablamos con el capitán de nuestra nave y le dijimos que necesitábamos tres días de permiso para ir a Siracusa a localizar a unos colegas raptados por un pirata.

El tío estaba un poco flipado todavía con las gambas que le había preparado el Bentata, pero le explicamos un poco la cosa y nos dio el permiso. Nos insistió, sin embargo, sobre todo al cocinero Titi, en que volviéramos en el plazo previsto para seguir viaje. Pin del Pas nos rogó que le lleváramos con nosotros; pero juzgamos que era mejor que no, por lo que pudiera pasar, pues era un crío muy despistado y poco ducho en movidas que precisaban de rápidos reflejos. Así, de Mesina pasamos a Siracusa el Bentata y yo en una barquita correo de mensajeros que hacía el viaje a diario. El mismo día de nuestra llegada, al atardecer, habíamos localizado ya el escondite de Martina. Resultó mucho más fácil de lo que esperábamos: sólo tuvimos que preguntar a media docena de chavales y uno de ellos nos llevó adonde se reunían los motorizados, junto a una heladería en el muelle mismo de la ciudad vieja. Un chaval, el Tonino, después de hacernos un verdadero interrogatorio, hizo una señal y se nos acercó una titi toda vestida de cueros con remaches y con gafas oscuras y con la cara muy pintada. Y nada más vernos se empezó a morir de la risa...

--Esa era yo -saltó Martina-. Iba tan bien camuflada que ni me reconociste, ¿eh, Tito?

--Sí. Quien menos me podía imaginar que fuera aquella vampira eras tú. En pocas palabras me contaste todo lo sucedido, localizamos el barco del Escandalera y tal, y preparamos el ataque. Lo primero que se nos ocurrió fue que aquella misma noche teníamos que entrar en acción, no fuera a ser demasiado tarde. Organizamos una manifa de motos hasta el pie de la pasarela del barco del pirata y Tonino y yo pedimos a la guardia, que había izado la pasarela al vernos llegar, hablar con el capitán y ver al Martín. Nos dijeron que el Martín no estaba allí, además de que estaba contratado legalmente por el Bartolillo Escandalera. A cubierta sólo salió un tipo que dijo ser su abogado, pero ni rastro de quienes buscábamos. Debió ser a raíz de aquella visita cuando te trasladaron a la casa en donde te encontramos al final, Martín.

--Sí, porque fue de noche, con mucho misterio, y escoltado por tres tipos en un furgón. Uno de los tipos, que le decían Pejerto, parecía buena gente, no se le veía contento con la cosa, pero debían tenerle muy comido el coco porque, hasta la pelea final, se mantuvo siempre con el Escandalera y creo que siguió luego en su mismo barco.

Martina no podía contener sus ganas de hablar, y fue ella la que continuó el relato.

--Cuando los de la casa consignataria del capitán Mengano nos localizaron, ya habíamos salvado a Martín. Fue la aventura más bonita. Durante dos o tres días todos los chicos de las motos se dedicaron a espiar a todos los marineros del barco del Escandalera. Uno llegó a hacerse amiguete de un tal Chacón, en una trattoria, y medio se emborracharon juntos con botellones de cerveza de los de a litro pues el tío estaba muy quemado con el trabajo

que tenía que hacer; aunque no le pudo sacar qué trabajo era, luego le siguieron sin que él se diera cuenta y fue la primera pista. Resultó ser el encargado de echarle de comer al Martín cada día en la casa en la que le tenían encerrado, cerca de la estación.

--Sí, ese venía a la casa todos los días y el tal Pejerto y otro más que le decían Rafi o Rifi o Rififi el Mantero, o el Montero, o algo así, vigilaban permanentemente.

Martina continuó.

--Cuando Tonino lo supo, fue él en persona quien se dedicó a vigilar al Chacón. Al día siguiente teníamos localizada la casa. A mi no me dejaron intervenir, pero conseguí subirme a la azotea del edificio de enfrente y, desde allí, vi todo como si fuera una peli de polis yanquis y gánsteres peligrosos. En cada esquina de calle donde estaba la casa había un comando de tres motos, y cinco chavales habían subido a la otra azotea con maromas para descolgarse a cada ventana de la casa como si fueran escalas. Enfrente, otro y yo, con cámaras y una filmadora, tomamos todo lo que pudimos. Prófugo Tito, con un megáfono, Tonino y otros amigos, desde los portales vecinos de la casa y desde el piso de arriba de donde tenían al Martín, dirigieron la operación. Primero, Tito les dijo con el megáfono que estaban rodeados y que se rindieran. Los otros debieron llamar por teléfono al Escandalera porque, a los cinco minutos, estaba allí con el tipo abogado, el maquinista y otros dos. Tito se le encaró en el portal y el Escandalera, al reconocerle y ver el montaje de las motos en las esquinas, subió al piso mientras en el portal se quedaban el maquinista y los otros dos. Los que estaban en el piso de más arriba bajaron y se colaron con el Escandalera y el abogado en su casa. Y empezó la batalla.

--Al Pejerto y al Rififi, o como se llamara, le pusieron los ojos morados al primer enfrentamiento y el Escandalera salió a la ventana gritando que viniera la policía judicial, que le estaban allanando la morada -Martín hablaba muy animado-. Pero la habitación donde yo estaba no la podían abrir y teníamos que comunicarnos a través de la puerta cerrada.

--Fue entonces -era Prófugo Tito- cuando Tonino salió a la ventana también y nos gritó que ya te tenían localizado. Comenzamos el asalto al portal. Los de las motos confluyeron todos allí, yo le aticé al maquinista con el megáfono en la cabeza y le dejé desvanecido patas arriba, a los otros dos los ataron con cuerdas a las motos y los de la azotea lanzaron las escalas y se descolgaron, cada uno a una ventana. Fue una pasada. Al Escandalera le echaron a rodar escaleras abajo, y gritaba "huy, huy" con aquellos chilliditos que se le escapaban cuando estaba asustado...

--Yo también me eché escaleras abajo de la casa de enfrente -eufórica Martina- y llegué a la vez que los socios del pirata, el Cisne y el don Cabrón. Me di a conocer, así, chula, porque se lo merecían, y me calmaban

diciendo que no era para tanto, pero yo les lancé dos bofetadas a cada uno y me quedé como una reina, mira tú...

--Los de las maromas entraron por las ventanas al piso, menos uno que se deslizó sin querer y fue a dar una tremenda culada encima de los dos socios del pirata. Si no se les cae encima, seguro que se mata el chaval; todo se quedó en un susto. El chaval se reía y los dos socios se dolían de todos los huesos.

--El piso estaba abarrotado de gente cuando llegó la poli, todos contentísimos y celebrando la liberación del Martín. Al Escandalera y a los dos socios se los llevaron al hospital para ver si se habían roto algo, pero nada. Eran duros. Sólo magulladuras -Prófugo Tito hablaba animado-. En la comisaría, a donde fuimos todos, salvo Martín, Martina y Tonino que se escaquearon y se escondieron en el refugio de la tahona por lo que pudiera pasar, declaramos todo lo declarable y, luego, el juez puso orden en el asunto. Al Escandalera le quitaron los contratos de esclavo de nuestros amigos y le hicieron renovar todos los otros que tenía. Lo curioso es que no tuvo casi ningún problema con ningún esclavo; todos renovaron, o casi todos, yo no lo supe pues allí seguían cuando nos fuimos. Hay a quien le va la marcha. Titi Bentata volvió a Mesina, como habíamos quedado; para él, todos estábamos locos. Yo le envié las gracias al capitán de su barco y le pedí disculpas por no incorporarme. Luego llegó el capitán Francesco Mengano y en su nave *Un león y una fénix* volvimos a la ciudad de los vientos los tres.

--Tonino y otros amigos y amigas de Siracusa nos prometieron visita y nos invitaron a toda la banda jivi a tocar en su ciudad cuando quisiéramos -terminó Martina-. Son unos tíos y unas tías chuti-chupi de buenos y legales.